

Eugenio Orrego Vicuña.—El espíritu  
constitucional de la Administración O'Higgins

Santiago de Chile; Imprenta Cervantes; 1924



ABRÍA decir del señor Orrego Vicuña, por su juventud, que se inicia en el cultivo de las letras, y, sin embargo, ya nos ofrece,—y como un primer fruto de su labor, si no estamos equivocados,—un trabajo serio y de reflexión, un trabajo histórico. Su vocación lo ha llevado al señor Orrego a seguir la rica tradición historiográfica chilena.

La obra del señor Orrego revela una prolija investigación, amplia documentación, consulta de fuentes originales y estudio detenido de nuestros historiadores. No podemos afirmar si habrá agotado la materia, lo que, por otra parte, jamás se puede decir en asuntos históricos.

Ha sido escrita la obra dentro de un plan cronológico natural y sencillo, sabiendo su autor justipreciar los hombres y los hechos con la más laudable serenidad de juicio.

La figura del primer Padre de la Patria se presenta con relieves simpáticos en las páginas del señor Orrego. Se le ve siempre patriota, heroico, trabajador y de buen fondo. Una vez en el poder, O'Higgins trabajó diariamente desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, sin más interrupción que las necesarias de las comidas y la de una pequeña siesta.

El señor Orrego dedica acertadas pinceladas al complejo carácter del ministro Rodríguez Aldea, y hace ver la malhadada influencia que ejerciera sobre el Director Supremo.

Aquella edad que llega hasta nosotros con entonaciones épicas fué azarosa, de constantes luchas y dificultades. A veces se lamenta el Director Supremo de que ha tenido que pedir quinientos pesos prestados para atender al sustento de su familia. Poco antes de que cayera del poder, hacía dos años que no se pagaban sus sueldos a las guarniciones de Concepción y Valdivia. ¡Pobre Chile, ayer como hoy, siempre con sus arcas exhaustas; con la diferencia de que entonces esto era más excusable!

Sabe hacer resaltar el señor Orrego el gran mérito que corresponde a O'Higgins en la realización de la expedición libertadora del Perú y la gloria que le cabe como defensor convencido de la forma republicana de gobierno, en esos tiempos en que las instituciones monárquicas gozaban aún de tanto prestigio en la opinión. Como se sabe, Bolívar y San Martín mismo querían poner testas coronadas a la cabeza de los nuevos estados hispano-americanos. Por haber defendido con fe y firmeza la forma republicana, O'Higgins merece ocupar, en el panteón de los héroes americanos, un lugar al lado del gran Washington.

El señor Orrego analiza detenidamente las dos constituciones políticas que se dictaron durante la Administración O'Higgins, la de 1818 y de 1822. Es un análisis hecho con espíritu tranquilo, amplio y bien informado. Muestra las concordancias de origen que ligan la de 1822 con la española de 1812.

No debemos terminar esta breve reseña sin recordar cómo ha sabido el señor Orrego enaltecer la personalidad de O'Higgins en otro de los momentos de su vida en que tanto lo merece. Nos referimos a su abdicación. Las tropas de la capital se manifiestan en actitud de sublevación. O'Higgins, solo, acude a los cuarteles y sofoca personalmente, con gesto de jefe que sabe mandar, toda tentativa de rebelión. Domina por completo la situación. Pero acude al Cabildo abierto a que se le invita, y abdica el poder ante los ciudadanos desarmados. El héroe de la Independencia Nacional puso ahí la piedra angular de la vigorosa tradición cívica, según la cual en Chile la fuerza debe inclinarse ante los fueros del derecho y de la libertad republicana.

El estilo del señor Orrego suele caer algunas veces en exuberancias retóricas, pero es, por lo general, sencillo, natural y animado.

E. M.